



El Principito

Antoine Saint Exupery

4

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

VIII. El nacimiento del amor

Resumen. Sobre el planeta del Principito hubo siempre flores simples que ni ocupaban lugar, ni molestaban a nadie. Aparecían y desaparecían. Pero un día apareció una briznilla que no se parecía a las otras, el tiempo y el cuidado que se tomó antes de hacer su primera aparición despertó en el Principito una expectación enorme.

Era conmovedoramente bella, pero muy coqueta, no muy modesta, con una vanidad un poco sombría, exigente y alguna vez la sorprendió preparando una ingenua mentira. Por eso, a pesar de la buena voluntad de su amor, el Principito dudó pronto de ella.

No obstante, confía al aviador que no supo comprenderla, que no debía haber huido, tendría que haber adivinado su ternura tras sus argucias. Pero "era demasiado joven para saber amarla".

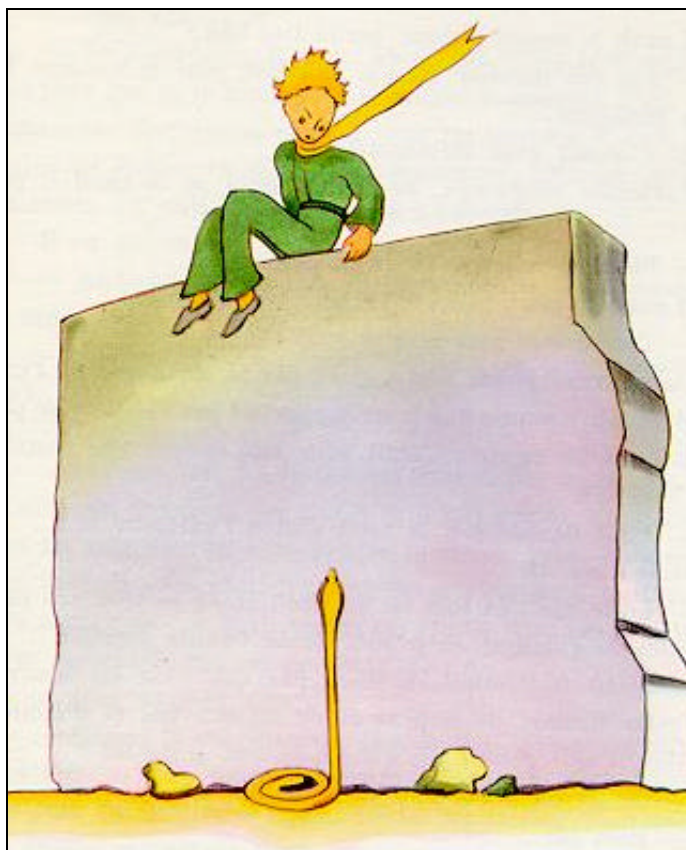
Comentario. Cada hombre es un mundo. En la obra, los planetas simbolizan tipos de personas. El planeta del

Principito significa un tipo de persona. Una persona que ve lo esencial.

La relación con la flor es de tipo amoroso. La flor simboliza a la persona amada. En el planeta del Principito había otras flores pero éstas se presentan con unas características que las distinguen netamente de la flor del Principito. Las otras son muy simples, «no ocupaban apenas lugar y no molestaban a nadie»¹. Frente a las indicadas tres características, la flor del Principito no es simple,

sino «bastante complicada»², ocupa totalmente la atención y el tiempo del Principito y, además, con un tono exigente «le atormentó rápidamente por su vanidad un poco sombría»³.

La flor del Principito es, en definitiva, absolutamente distinta a lo que él había visto hasta entonces: «había germinado un día, de un grano venido de no se sabe dónde»⁴. La flor germina, madura, se constituye como flor (y completamente distinta a todas las demás) sobre el terre-



no de este planeta. Lo que la hace distinta es que en esta tierra es donde se ha hecho una flor (una mujer). Por eso no puede recordar nada de otros lugares: «había venido en forma de grano. No había podido conocer otros mundos»⁵ sencillamente porque antes de constituirse como lo que ahora es no era la misma, sino otra. Sólo es lo que es porque ha captado la atención del Principito. En el pensamiento de Saint-Exupéry el hombre es «un nudo de relaciones»⁶, el hombre necesita de los demás para serlo. Y la relación amorosa es un tipo particular de relación entre personas.

El texto describe a la flor con calificativos como coqueta⁷ (aunque bella⁸), no muy modesta (aunque conmovedora)⁹, exigente, mortificante, provista de una vanidad sombría¹⁰, muy complicada¹¹, mentirosa¹², con pobres astucias¹³. Parece lógico que el Principito hubiese «dudado pronto de ella»¹⁴. En esa relación parece que la flor no da nada, sólo pide. Da la impresión de tratarse de una relación de dominio, de ama-esclavo por usar la terminología hegeliana. Incompatible con el amor, pero una relación al fin y al cabo, y muy frecuente.

Sin embargo, en la distancia, cuando el Principito narra lo acaecido, se echa a sí mismo la culpa de lo ocurrido. Piensa que «había tomado en serio palabras sin importancia, y eso le convirtió en una persona muy desgraciada»¹⁵ debiera haberse enternecido, no mirar a las palabras sino a los hechos («el lenguaje es fuente de malentendidos»¹⁶), no debiera haber huido jamás, debiera haber adivinado su ternura tras sus astucias. En definitiva, las flores son tremendamente contradictorias, pero él no supo comprender nada: era demasiado joven para saber amarla. Era demasiado joven para saber amarla. La amaba, pero no sabía amarla. Hay que entender que no se trata de una incoherencia. Se puede cantar sin saber cantar; pero entonces se cantará

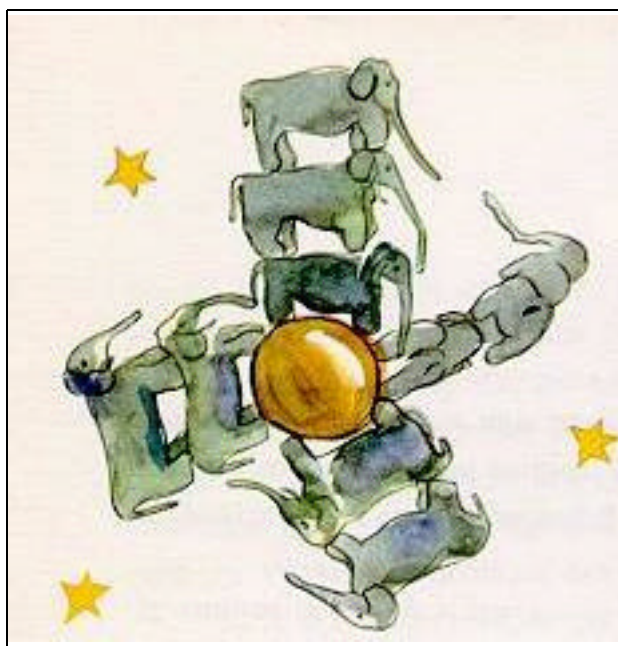
mal. Para hacer algo se requieren tanto las condiciones como el aprendizaje. Si hemos necesitado que nos enseñen a hablar, andar, comer,... me parece pura simpleza pensar que lo que se refiere a nuestra vida íntima sea de otro modo. Es necesario tomarse en serio la advertencia del Principito: hay que aprender a amar.

Una primera condición necesaria para el amor es la responsabilidad. El Principito, aunque parezca responsable porque cuidaba su planeta, ahora se tiene que hacer responsable de algo a lo que quiere; esa fusión de amor y responsabilidad la irá adquiriendo en los próximos capítulos, al tiempo que vaya madurando. Ahora aún no, aún es demasiado joven.

El tipo de amor del que se habla aquí es el amor que tiene en cuenta el carácter sexuado de las personas que se aman. Es frecuente confundir carácter sexuado con dimensión sexual. La dimensión sexual hace referencia a un aspecto de la persona, mientras el carácter sexuado señala la totalidad de la persona. En definitiva somos personas femeninas o masculinas y, en función de esta diferencia, sentimos, percibimos la realidad, estructuramos nuestros intereses, proyectamos nuestra vida, y amamos: todo lo que hacemos o pensamos hacer está tamizado por lo que somos y, en la presente perspectiva, lo que somos en primer término es hombres o mujeres.

Una consecuencia de lo indicado es que el enamoramiento es vivido de un modo por el varón y de otro por la mujer. De hecho, este capítulo enfoca la cuestión desde la perspectiva del Principito; el próximo capítulo muestra el punto de vista de la mujer.

¿Cómo ve las cosas el Principito? Él ve que tenía su planeta, su vida, organizada, bajo control. En un momento dado aparece una mujer extraordinaria (distinta



COMUNIDAD ESCOLAR
FUNDACIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN EDUCATIVA

a las demás) y se siente atraído por ella, la flor-mujer empieza por instalarse en el planeta del Principito pero, andando el tiempo, le ocupará toda su atención y le irá requiriendo cada vez más tiempo: le pide todo y no da nada. El Principito, aunque ve que es una mujer extraordinaria, a pesar de la sinceridad de su amor, empieza a ver los aspectos negativos de esa mujer. Aspectos que son reales y que molestan al Principito.

Por eso, decidió huir. Pero esa huida fue un error fruto de la inmadurez. No supo ver que las dificultades, reales, innegables, son algo inevitable en el camino del amor. Superar juntos las contrariedades grandes o pequeñas derivadas del distinto modo de ser es esencial para llegar a querer al otro tal como es. Porque si la crisis es producida por algo objetivamente malo del otro, entonces eso le ayuda-

rá a darse cuenta y esforzarse por mejorar. Si, por el contrario, se trata de algo meramente subjetivo, aprenderé a ceder. En cualquier caso, en ese proceso se va aprendiendo a conocer y querer al otro tal como él es, no según una imagen idealizada de él.

Pero enfocarlo así supone madurez. El Principito no supo, era demasiado joven y huyó. Ahora ha madurado, prueba de ello es que es capaz de asumir su error como punto de partida: «Comprendo el sentido de la humildad. No es denigrante en sí. Por el contrario, es el principio mismo de la acción. Si, con intención de absolverme, excuso mis desgracias por la fatalidad, me someto a la fatalidad. Si las excuso por la traición, me someto

a la traición. En cambio, si acepto el error, reivindico mi poder de hombre. Puedo actuar sobre lo que soy»¹⁷.

«Una primera condición necesaria para el amor es la responsabilidad»

¹ VIII, 38 (30)

² VIII, 40 (32)

³ VIII, 39 (32)

⁴ VIII, 38 (31)

⁵ VIII, 40 (32-33)

⁶ SAINT EXUPERY, A., *Piloto de Guerra*, XIV, 391, 432 et passim en *Obras Completas*, Plaza y Janés, B. Aires, Barcelona, México, Bogotá, 1967. Como se sabe es una de las ideas-fuerza de Saint Exupéry. Las referencias podrían multiplicarse con facilidad.

⁷ VIII, 39 (31)

⁸ VIII, 39 (31)

⁹ VIII, 39 (31)

¹⁰ VIII, 39 (32)

¹¹ VIII, 41 (33)

¹² VIII, 41 (33)

¹³ VIII, 42 (33)

¹⁴ VIII, 41 (33)

¹⁵ VIII, 41 (33)

¹⁶ XXI, 84 (69)

¹⁷ SAINT EXUPERY, A., *Piloto de Guerra*, XXV, 457

IX. El amor como camino hacia sí mismo

Resumen. La mañana de su partida puso en orden su planeta realizando una serie de trabajos familiares que entonces le parecieron extremadamente dulces.

A la hora de la despedida, él siente ganas de llorar.

A la flor le cuesta romper su silencio para decir:

—He sido tonta. Te pido perdón. Intenta ser feliz.

La flor confiesa que ella lo amaba. Él no lo ha sabido por culpa de ella. No obstante, añade:

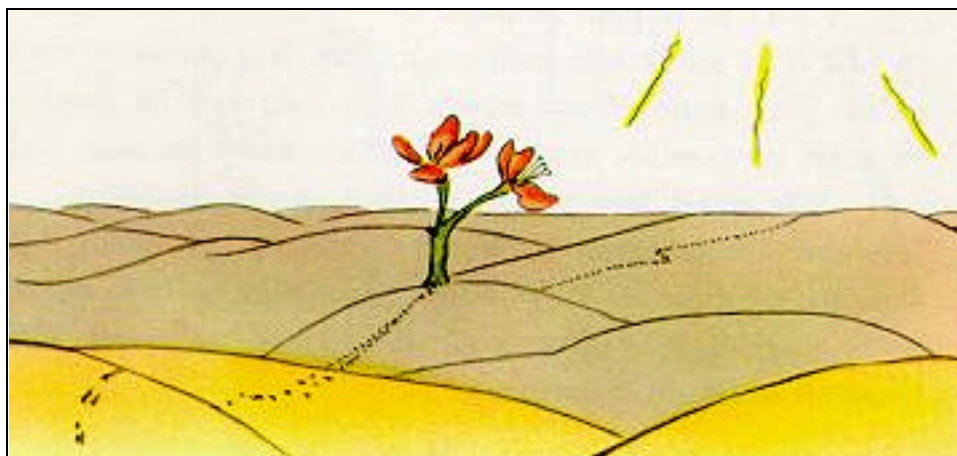
—Pero tú has sido tan tonto como yo.

El Principito intenta ponerle el globo protector, como hacía habitualmente, pero ella lo rechaza y lo anima a que se vaya pronto. Era muy orgullosa: no quería que la viese llorar.

Comentario. El Principito tiene que partir. No está bien con la flor. Parece fácil de entender que si dos personas no se quieren o no se entienden, lo dejen. Quisiera llamar la atención sobre el detalle

siguiente: la flor, entonces una semilla, llegó al planeta del Principito. Ahora el Principito debe abandonar "su" planeta. Pero lo lógico, ¿no sería que echara a la flor? ¿no se trata del planeta del Principito? Si, además, tenemos en cuenta que el planeta simboliza al propio Principito, la cuestión es más compleja. Al menos a primera vista.

Intentemos entenderlo desde otra perspectiva. El Principito tiene que abandonar el planeta porque es demasiado joven para saber amar; es decir, tiene que dejar atrás su juventud, tiene que madurar. Por eso, la mañana de su partida vuelve a realizar las tareas familiares, lo que le había acompañado desde la infancia. Y sabe que el tiempo para eso ha terminado. En el camino hacia la madurez dejamos atrás momentos llenos de ilusión, repletos de vida que quizá no supimos valorar cuando estaban, pero que nos son muy queridos porque constituyen, todos juntos, nuestro pasado y nuestro presente.



*«El Principito
tiene que
abandonar el
planeta porque
es demasiado
joven para
saber amar»*

Eso es lo que nosotros somos, ese es el planeta del Principito. Y un día en esa vida se instala el amor en forma de una persona que reclama que le dediquemos nuestra existencia. Y ese día hay que abandonar el planeta, nuestra vida de infancia debe quedar atrás. Hay que salir de nosotros mismos. Precisamente porque esa persona está dentro. Si la echamos a ella de nuestra vida, entonces permaneceremos como seres infantiles (no niños, sino inmaduros) que han carecido del coraje para construir su propia vida. En este sentido, el amor es algo que hay que conquistar, es una meta. El amor es el camino hacia sí mismo.

El mundo de la infancia es el lugar que nos ha nutrido y protegido. Pero para madurar es necesario abandonarlo. Ahí, con esas condiciones, no se puede madurar: hay que salir de sí.

Homero pone esta idea en boca de Atenea, diosa de la sabiduría.

Explica a Ulises que no ha evitado penalidades a su hijo Telémaco pudiendo hacerlo; por el contrario, le ha incitado al viaje «porque Telémaco tenía que salir de sí, salir de casa, para hacerse un renombre, para ser otro, para ser más plena y radicalmente sí mismo, un hombre, con una existencia humana, para ser alguien».

Quizá, como ocurre en la narración homérica, para volver al hogar, para volver pero siendo otro porque ya se han desplegado las posibilidades de la propia vida, ya se ha madurado. Por eso el amor es el camino hacia sí mismo, porque empuja a la consecución de lo mejor que hay dentro de nosotros.

El Principito, pues, tiene que partir. Sabe que tiene que partir para madurar, pero la añoranza por lo que deja es grande y ante la flor que aún no posee (porque no puede, porque no sabe aún amarla, porque no es maduro), siente ganas de llorar. Nuevamente vemos confirmada la idea de que el llanto se produce cuando nos encontramos ante

«valores amenazados, perdidos o, también, los valores irrealizados o irrealizables». Porque aquí se pierde la infancia y todo lo valioso que hay en ella y no se gana aún la madurez y todo lo valioso que hay en ella (incluido el amor): se inicia un camino hacia la conquista, ardua, de esos valores; pero nada garantiza el éxito. Es segura la pérdida de unos valores, pero incierta la conquista de los otros.

En el capítulo anterior vimos cómo el Principito no supo amar a su flor. Pero la amaba y por eso dice que fue culpa suya, de su excesiva juventud. Ahora toca el turno a la flor. Digamos que en este capítulo se expresa la misma cuestión, pero esta vez desde la perspectiva femenina.

Ella le dice que ha sido tonta, no ha sabido hacer bien las cosas. Ella también quiere al Principito. Se ha equivocado y pide perdón.

Ambos aman y por eso ambos tienen la sensación de tener la culpa, de haberlo hecho mal. Ambos reconocen su error, por eso esta historia aún puede terminar bien. Si le echan la culpa al otro, ya no habría posibilidad alguna. Si la culpa es mía, puedo intentar arreglar lo que está mal; si la culpa es del otro, yo no puedo hacer nada.

Ella ha reconocido su error, pero dice que él también ha sido tonto. Él ha sido tonto porque no ha entendido nada. No ha visto que tras lo que él sentía como exigencias, argucias, falta de modestia, etc. se escondía un intento de conseguir que el Principito tuviera detalles con la flor. Y tener detalles con la flor es bueno para la flor, pero también es bueno para el Principito. Pero él no supo verlo así, como parte del aprendizaje del amor. Él también ha sido tonto: no tendría que haberse fijado en sus palabras, sino en la ternura de la flor, en sus actos («ella me perfumaba y me iluminaba»).

*«El Principito
sabe que tiene que
partir para madurar,
pero la añoranza por lo
que deja es grande y
ante la flor siente
ganas de
llorar»*

Lo esencial es invisible a los ojos

En esto coinciden ambos, pero hay una diferencia importante: ella es consciente de la situación desde el primer momento. Él se hace consciente mucho después. En el ámbito de las relaciones afectivas, la mujer suele ser más rápida y certera que el hombre. Por eso la flor, lúcida desde el principio, ha ido requiriendo al Principito una serie de servicios. Él lo ha vivido como exigencias, caprichos, etc. Ella quería obligarle a progresar, a mejorar, a salir de sí.



Puede pensarse que ella ha fracasado puesto que no ha sido capaz de conseguir que el Principito haya visto su amor. Pero puede pensarse también que ha triunfado en cuanto que ha obligado al Principito a salir de sí, que, como vimos, es condición para el amor. Cualquiera de las dos interpretaciones podría ser correcta: ¡son tan contradictorias las flores! y en ambas queda claro que «no basta dar. Es preciso construir a quien recibe. Para el placer del ajedrez hubiese sido preciso construir al jugador» .

¹CHOZA, J. y P., Ulises, un arquetipo de la existencia humana, 107; HOMERO, Odisea, XIII, 415 ss.

²STERN, A., Filosofía de la risa y del llanto, 52.

³VIII, 41 (33).

⁴SAINT-EXUPERY, A., Ciudadela, CXCIV, 1040.